

# CARA

Por IGNACIO AGUSTI

# Y CRUZ

## soledad y compañía

**P**OR una vez, en los Estados Unidos, las mujeres han sido rechazadas, discriminadas y repudiadas para el ejercicio de una labor. Sólo los hombres podrán, por el momento, medrar en ella. Se trata del oficio de astronauta. Han sido revelados los nombres de quince nuevos presuntos viajeros en el espacio; pero entre ellos no hay ninguna mujer, pese a que algunas de ellas aspiraban al título. Pero la N.A.S.A. ha informado de que ninguna de ellas tenía la capacidad suficiente para obtenerlo. Como es sabido, para ser astronauta se requiere un mínimo de mil horas de vuelo en aviones a reacción y aprobar unos exámenes físicos muy rígidos.

Con ello, es posible que muchos americanos hayan respirado tranquilos. Todavía quedará un lugar en que los hombres puedan señorear a sus anchas. El matriarcado americano conocerá sus límites, un poco más bajos que los de la atmósfera terrestre. Pero más arriba, en el lugar cercano a las estrellas, por fin el hombre conseguirá estar solo y ser un sujeto soberano. Lo que a ras del suelo parecía una quimera, que es el ejercicio de la soledad y el triunfo de la responsabilidad personal, podrá por lo menos ejercitarse allí arriba, en el interior de una cápsula.

En este aspecto, al menos, la supremacía americana se manifiesta clara respecto a Rusia. Uno de los primeros proyectiles lanzados al espacio por los soviets llevaba a bordo a una piloto. La señorita Valentina Tereshkova demostró, de una vez para todas, que al espacio exterior puede ir tanto un hombre como una mujer; y pareció que su gesta abría el camino para que el escallo del cosmos se hiciera por parejas. Pero la decisión actual de la N.A.S.A. en las oposiciones recientes, manifiesta a las claras el hecho de que, si la mujer señorea la tierra, al menos le quede al hombre la posibilidad de volar.

La esposa de uno de los astronautas recientemente lanzados desde Cabo Kennedy, no recordamos si la de Borman o Lovell, manifestó jocosamente a la llegada de éste que era "como un forastero bien recibido". La expresión nos agradó, porque en ella parecía resumirse en gran parte aquel aire de jactancia y de supremacía que la mujer americana parece tener sobre el marido. Parecía que juzgaba a éste como a un chiquillo que acaba de realizar una travesura. La idea de que los hombres del país, en el fondo, se están "entreteniéndolo" con la aventura espacial, es muy digna de tenerse en cuenta a la hora de valorar los resortes de una sociedad poderosa, en la que la mujer juega un papel preponderante. Por lo mismo, esta misma mujer no ha podido escalar aún el escalafón del juguete espacial.

Entre tanto, Borman y Lovell encontraron allí arriba durante quince días su propia soledad. Nunca, probablemente, desde los ermitaños de la Edad Media, dos hombres habían estado tan solos como los dos astronautas. Por la ingeniería, la física y la electrónica se pasaba a un estadio filosófico que cierto pensador bautizó con el nombre de "el arte de quedarse solo". La expresión suprema del torero, "dejádmelo solo", que es una actitud grave ante el tema de la vida, era de súbito replanteada en los espacios por dos mozos intrépidos y extravertidos, seguramente como la mayoría de los mozos de la Era actual.

El vuelo del "Géminis VII", más que un logro científico, o tanto como ello, fue un logro humano de soledad. Los vuelos espaciales tienen, tanto como una significación física, una sig-

nificación metafísica. Y hacia muchos lustros que al ser vulgar, al ser usual y al hombre de la calle, no se le ofrecía la coyuntura eremítica de la soledad, tal y como les ha sido dado gustarla —o sufrirla— a los dos astronautas.

El éxito de la cita espacial entre el "Géminis VII" y el "Géminis VI" ha permitido medir la oportunidad, los riesgos y las piruetas de la soledad y de su complemento, la compañía. El minueto que han danzado en los espacios las dos cápsulas gemelas, ha sido la reconstrucción en términos mecánicos de aquella cortesía antigua, en la cual la sociabilidad constituía un intermedio entre quedarse solo o estar acompañado. A reverencias, accesos y recesos, las formas de la urbanidad consistían en no estar ni demasiado solo ni excesivamente acompañado. Es eso, justamente, lo que han hecho en lo alto los cuatro astronautas.

Es probable que este ejercicio de soledad, en el que por primera vez se ha enfrascado por largo plazo el hombre americano, traiga consigo muchas más consecuencias que las meramente científicas. La educación americana —y tras ella, todos los tipos de educación en el día de hoy— se basa en el principio de la sociabilidad y de la comunidad. Es, pues, una educación para muchedumbres, que parte del principio de que el hombre es compañía. Pero los antiguos tipos de educación partían exactamente del principio contrario; es decir, que el hombre es soledad. Sin llegar al extremo de considerar al hombre un animal trágico, como hacia Keyserling, es evidente que la educación humanística intentaba pertrechar al hombre para su soledad, en la seguridad de que el hombre debería cruzar la vida como ente solitario. Las formas de la etiqueta y de la educación de los siglos XVIII y XIX han sido elaboradas pensando en la total individualidad del ser humano; Inglaterra hizo y mantuvo su Imperio partiendo de la realidad de unos hombres misóginos y misántropos, aunque absolutamente sociales por su urbanidad. La transmutación de este orden de cosas ha sido violenta. La educación comunitaria y la educación especializada, están en trance de desposeer al hombre de cualquier recurso, ante las grandes dificultades morales de su existencia, al paso que le restarían en las dificultades que pueda tener de orden material y económico.

Tal vez a los efectos coloquiales y familiares de la existencia humana, fuera preferible aquella educación de otro tiempo que, dispuesta para el hombre en soledad, engendraba sin embargo modelos tan refinados de buena compañía. Recordamos como a tales el contacto epistolar de Disraeli, ya octogenario, con su esposa. De una a otra alcoba aquel león solitario y agreste cruzaba misivas delicadas con su media naranja, llenas de requiebros y cumplidos. Disraeli supo estar acompañado por la sencilla razón de que sabía estar solo; lo único que de verdad le habían enseñado en los Colleges era una difícil asignatura que es la soledad.

En contraste, muchedumbre de matrimonios desgraciados que viven en nuestra sociedad de hoy, no conocen la dicha porque fueron educados para ser acompañados. Y es tal la compañía que requieren y la que se dan, que los módulos de la convivencia se convierten en una agresión constante. Porque la compañía debe empezar en la soledad de cada cual y, a partir de ella, extenderse como una onda en un lago. La compañía no es nunca un clamoreo bullanguero e inagotable.

Debíamos meditar a fondo nuevamente en aquellos maravillosos versos lopianos: "La soledad de dos en compañía". Por eso los enamorados de verdad se miran a los ojos en silencio. "Por fin, solos", dicen. Los dos están solos, a solas.